

Ivan con Constantino el Grande, con Wladimiro el Santo, con Alejandro Newsky y con Dmitri Donskoi, y luego se prosternó delante del czar con todo el clero dándole gracias por las fatigas que había arrojado.

Por lo demás, la conquista de Kasan, aunque había quebrantado el poder de los tártaros, no había acabado con la resistencia que a la soberanía rusa oponían los pueblos que formaban parte del reino de Kasan: los chermisos, los mordwinos, los chuvayes, los wotiacos y los baskirios fueron sojuzgados muy lentamente. Hasta cinco años después de la toma de Kasan no pudo darse por completamente terminada la conquista (1), pero las luchas que a este fin hubo que sostener no dejaron de producir sus frutos. Quedó abierta la entrada del Asia, que aquellas soberanías tártaras tenían interceptada, y cuando, a consecuencia de haber sido hábilmente aprovechadas las disensiones intestinas de los nogais y de los de Astrakan, se impuso a los primeros una conducta pacífica y se obligó a los segundos (gracias a la afortunada campaña de 1557) a someterse, la cuestión del aniquilamiento completo de las soberanías tártaras en territorio europeo, parecía destinada a resolverse en un porvenir muy próximo. La influencia rusa llegaba ya hasta el Cáucaso y la Siberia; Crimea no podía dedicarse a grandes empresas y Moscú encontró para combatirla importantes aliados en los cosacos del Dnieper, que estaban dispuestos a entrar al servicio de Rusia y a dedicar sus fuerzas a la lucha contra los tártaros crimeos. Estos cosacos, mandados por un valiente caudillo, Dmitri Wischnewetzki, estarosta de Cherkasi y de Kanef, que por motivos personales estaba reñido con Segismundo Augusto, rey de Polonia, ofrecieron sus servicios al czar. A juzgar por las ideas predominantes entre los que hasta entonces habían dirigido la política exterior e interior de Rusia, preparábase una gran empresa contra Crimea, que en su ulterior desenvolvimiento significaba también el comienzo de una lucha contra los turcos, lucha que ofrecía a Rusia mayores probabilidades de éxito que al Occidente, cuya organización militar y política le ponía en peores condiciones para pelear. Era indudable que Ivan se encontraba frente a la solución de un problema de la mayor trascendencia.

La ruina de Silvestre y de Adascheff fué de importancia suma. A los dos meses de haber regresado de la campaña de Kasan, Ivan enfermó tan gravemente que llegó a temerse por su vida. Para asegurar la sucesión a su hijo, el recién nacido Dmitri, y probablemente por consejo de los sajaryines, hizo su testamento, cuyas disposiciones habían de ser juradas; pero el primo del czar, Wladimiro Andrejewitz, se negó a prestar juramento, la corte se dividió en partidos y Silvestre y Adascheff se unieron a los que deseaban separarse de la sucesión tradicional para evitar el gobierno de una menor edad, temiendo que en este caso los parientes de la czarina se alzaran con todo el poder. Los favoritos estaban en las mejores relaciones con Wladimiro Andrejewitz, porque esperaban que unidos a él podrían dar cima a la obra de reforma comenzada.

Mientras los sajaryines de Juryewo se mantenían reservados, presentáronse como caudillos del partido contrario el príncipe Worotinsky y el Dyak Wiskowaty, llegando las cosas hasta el punto de que los adversarios se denostaran e injuriarían mutuamente a voz en grito junto a la misma cama del

(1) El vasto territorio que con la conquista de Kasan adquirió Ivan fué en parte cedido como tierras feudatarias y en parte cedido a sacerdotes rusos, quedando de esta suerte enlazados con Moscú los intereses de aquel país. Muchos labradores fueron llevados allí como colonos. Sobre la administración y gradual esclavización de Kasan, véase Peretjat-kowitz: *El territorio del Volga en el siglo XVII y principios del XVIII*, Odessa, 1882 (en ruso).

que creían moribundo. Por fin, al anochecer, una parte de los boyardos se decidieron a besar la cruz, indicando que reconocían por soberano al joven Dmitri; pero Wladimiro se negó a ello y Silvestre se esforzó por apoyarle en esta actitud con todo el peso de su consideración personal. Al día siguiente Ivan volvió a llamar a todos sus boyardos y les ordenó que prestaran el juramento en manos de los príncipes Mstislawsky y Worotinsky: el czar no tenía ya el aspecto de un moribundo, y el discurso que desde su lecho dirigió a los boyardos que habían jurado, mostraba una voluntad que hizo entrar en temor a sus enemigos: «Habeis unido — les dijo — vuestras almas a mí y a mi hijo obligándoos a servirnos; los otros boyardos no quieren ver en el trono a mi hijo: si la voluntad de Dios se cumple conmigo y muero, no olvidéis lo que por mí y por mi hijo habeis prometido al besar la cruz; no consentáis que los boyardos se apoderen de mi hijo sino huid con él al país extranjero que Dios os indique. Y vosotros, sajaryines, ¿de qué os espantáis? ¿Creéis que los boyardos os perdonarán? Vosotros seríais los primeros en sucumbir; por esto habeis de morir por mi hijo y por su madre y no consentir que mi esposa sea escarnio de los boyardos.» Este enérgico discurso aterrizó a los boyardos, según refiere el Libro de los czares; así es que todos prestaron juramento uno tras otro y aun el mismo Wladimiro Andrejewitz vióse obligado a jurar.

Ivan, contra lo que todo el mundo esperaba, se restableció y recordó con indecible amargura aquellas escenas ocurridas junto a su lecho, el motin de los boyardos y la defección de Silvestre y de Adascheff, a quienes él se había entregado y que en aquella ocasión se habían unido a sus enemigos.

«Desde entonces — dice una crónica (2) — comenzó un período de hostilidades y la discordia se enseñoreó de los boyardos: en el imperio faltaba todo.» Con gran ansiedad se esperaban los sucesos que necesariamente habían de ocurrir; pero Ivan, que todavía se hallaba rodeado de los partidarios de Silvestre, se contuvo.

Para cumplir los votos que había hecho, emprendió una peregrinación al convento de San Cirilo, en el mar Blanco: en el camino visitó a dos monjes, y la tradición pretende que las conversaciones que con ellos tuvo ejercieron poderosa influencia en su conducta posterior.

Uno de estos monjes, llamado Máximo, era un albanés helemizado que habitaba en el monte Athos y que en 1515 había sido llamado a Rusia para encargarse de la difícil tarea de rectificar los textos corrompidos de las Escrituras que circulaban en aquel territorio y de combatir los falsos dogmas, nacidos de una lectura deficiente de la Biblia. Con gran actividad y con extraordinario espíritu crítico se consagró Máximo a la misión que le había sido confiada, traduciendo una serie de comentarios a la Sagrada Escritura, especialmente los de Crisóstomo, completando una traducción rusa del Salterio y refutando las muchas Escrituras apócrifas que por verdaderas se tenían, con lo cual alcanzó gran consideración y una posición elevada al lado del gran duque Wassili Ivanowicz. Cuando surgió la cuestión sobre la autorización que para poseer bienes pudieran tener los conventos, cuestión que dividió al clero ruso en dos partidos, Máximo defendió con toda la autoridad que su superior erudición le daba, la opinión de que debía rechazarse la posesión de bienes territoriales por los sacerdotes. Parecía, pues, como que repercutieran allí las cuestiones planteadas en el Occidente por los husitas. Se comprenderá fácilmente que con ello excitó Máximo la cólera de todos cuantos temían por sus bienes, habiéndose hecho insostenible su situación cuan-

(2) Stolowyeff, tomo VI, pág. 165. De una crónica no impresa.

do, además, se enajenó el favor del gran duque a consecuencia de haberse opuesto al divorcio de Wassili y de Salomé. Sus muchos enemigos habían conseguido encontrar algunas faltas en sus traducciones (1) y por ello tuvo que comparecer ante un concilio de Moscú, el cual, a pesar de haber él confesado las faltas y excusádolas por el mucho trabajo que sobre él pesaba cuando las cometió, le condenó a vivir encerrado en el convento de Wolokolamsk por el delito de propagación de doctrinas heréticas. Posteriormente fué trasladado a Twer, y solo después de muchas súplicas se consintió al «hereje» tomar la comunión, pero no se le permitió volver a su patria. Su situación mejoró, sin embargo, cuando fué trasladado al convento de Troitzky.

Allí fué donde le visitó Ivan, que conocía al erudito monje por la multitud de cartas que éste le había dirigido y en las cuales sostenía que el poder del czar era detentado por los boyardos, con grave perjuicio para el imperio. Cuando Ivan le visitó, esforzóse Máximo por disuadirle de su viaje a Bjeloosero diciéndole: que Dios todo lo sabía y en todas partes estaba, que un voto como el que había hecho era contrario a la sana razón y que sería mucho más grato a Dios que cuidara de las viudas y de los huérfanos de los que habían sucumbido en Kasan que no que se expusiera y expusiera a su esposa y a su hijo a los peligros del largo viaje. Estas opiniones eran las mismas que Ivan oía en los círculos de Silvestre y de Adascheff. El czar quedó sorprendido cuando su confesor Andrés, el príncipe Ivan Mstislawsky, Alejo Adascheff y el príncipe Kurbsky le hicieron por encargo de Máximo la siguiente amenaza: «Si no me escuchas a mí, que por mandato de Dios te aconsejo, si olvidas la sangre de los mártires que los paganos derramaron por causa de tu paganismo, si no atiendes a las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, y persistes en la locura de tu viaje, tu hijo morirá en el camino.» Esto constituía una tentativa para alcanzar el predominio sobre los czares por los medios que tan a menudo habían dado buen resultado.

Pero cuanto más claramente veía Ivan que el partido de Silvestre contaba con poderosos adeptos, tanto más firmemente persistía en su propósito; así es que prosiguió el viaje. En Dmitroff habló con él otro monje, Wassian Toporkoff, que le aconsejó tal como él deseaba: era Wassian enemigo de las tendencias dominantes, y habiéndole preguntado Ivan: «¿cómo debo gobernar para ser obedecido por mis magnates?» contestóle, según Kurbsky: «Si quieres ser soberano, no toleres a tu lado ningún consejero que sea más sabio que tú, porque tú eres el mejor de todos. Si así lo haces, tu soberanía estará segura y todo lo tendrás en tus manos. Pero si hay a tu alrededor hombres más sabios que tú, habrás de seguirles aun contra tu voluntad.» El czar, añade Kurbsky, le besó la mano y le dijo: «Ni mi padre, si viviera, hubiera podido darme mejor consejo.»

Aunque no damos entero crédito a estas narraciones, no debemos pasarlas por alto, pues nos indican cómo los más inmediatos contemporáneos explican psicológicamente el cambio que cada día se notaba más evidente en Ivan. De todos modos, es verdad que éste llevó a cabo aquella peregrinación oponiéndose completamente por vez primera a la voluntad de sus consejeros, que habían creído necesario darle por compañeros de viaje a dos personajes tan ilustres como Kurbsky y Mstislawsky, para no perder su influencia sobre él. La circunstancia de haber fallecido realmente en

(1) Las faltas en la traducción eran tanto más disculpables cuanto que Máximo traducía los textos griegos al latín, y como al principio no sabía bastante el ruso lo hacía traducir a este idioma por un intérprete. Esta doble traducción hacía fácil alguna inexactitud. En lo que no cabe pensar es en una falsificación hecha a sabiendas.

junio de 1553, durante el regreso, el hijo del czar, no causó, al parecer, en éste gran impresión; pero oyó que se atribuía esta muerte a su desobediencia. Ivan no estaba todavía en condiciones bastante sólidas para sacudir el yugo que a pesar suyo se veía obligado a sufrir. En cambio consideró nuevamente asegurada su dinastía cuando Anastasia dió a luz un segundo hijo en 28 de marzo de 1554.

Pocos datos poseemos acerca de los sucesos de los años inmediatos. Los boyardos empezaron a temer por su seguridad personal y en julio de 1554 el príncipe Nikita de Rostoff trató de huir a Lituania, pero fué preso en el camino y llevado ante un tribunal, demostrándose entonces que también habían pensado fugarse a aquel país el príncipe Ssenom de Rostoff, que tan importante papel había desempeñado cuando junto al lecho en donde yacía enfermo Ivan se negó a prestar el juramento por éste exigido, y los príncipes Labanoff y Priimkoff, que igualmente pertenecían a la familia de los príncipes de Rostoff. El tribunal de boyardos convocado por Ivan condenó a muerte a Ssemom, que excusaba su conducta alegando su imbecilidad; pero el czar con gran sentimiento (2) vióse obligado a acceder a las unánimes súplicas del metropolitano y de los arzobispos indultando al príncipe y mandándole desterrado a Bjeloosero. Se encargó al correo que en aquella sazón fué despachado para Lituania que en caso de ser preguntado sobre este asunto contestara que el príncipe Ssemom, a pesar de que su débil inteligencia le hacía inepto para todo, había pedido una posición elevada y que habiéndole ésta sido negada y habiéndose expresado él delante de extranjeros de una manera ofensiva para el czar y para Rusia, había sido preciso castigarle. Si se le replicaba que muchos boyardos y nobles habían querido marcharse con Ssemom, debía contestar: «¿Qué hombre de sano juicio podía juntarse con ese loco? Los únicos que querían seguirle eran sus parientes, que son tan imbéciles como él.»

El czar había emprendido al propio tiempo una guerra de zapa contra el partido que hasta entonces le había guiado. Silvestre y Adascheff conservaron la posición que enfrente de él tenían y a lo que parece contra ellos influyó también la reina Anastasia. La paz artificial que en el exterior reinaba no podía ser de larga duración.

En breve hubo que fijar la atención en las cuestiones que a la política extranjera se referían, especialmente en las luchas contra los tártaros, que, como hemos visto, siguieron merodeando durante algunos años por la comarca de Kasan aun después de la toma de esta plaza. El ejército ruso sufrió entonces una gran derrota en Dewlet-Girei, y al propio tiempo las antiguas contiendas sobre fronteras envolvieron desde el otoño de 1555 a Moscú en una guerra con Suecia en el curso de la cual el almirante sueco Bagge penetró en el Neva y derrotó por vez primera a las tropas rusas. Al año siguiente los rusos conducidos por los hermanos Scheremetjeff combatieron con alguna fortuna por la posesión de Wyburg, pero no pudieron conquistar esta ciudad. Las dos potencias beligerantes deseaban la paz: Gustavo Wasa porque vio defraudadas las esperanzas que había concebido respecto del apoyo que creía le prestarían Livonia y Polonia, e Ivan porque los tártaros de Crimea amenazaban de nuevo al imperio. De aquí que se hiciera de hecho la paz, que el día de la Anunciación del año 1557 se convirtió en paz definitiva por cuarenta años.

(2) Acerca de este particular escribe Ivan en su carta de justificación a Kurbsky lo siguiente: «Cuando el príncipe Ssemom de Rostoff me hizo traición y le castigué benignamente, Silvestre y vosotros, sus malos consejeros, protegisteis cuanto pudisteis a ese perro e hicisteis todo el bien posible no solo a él sino también a toda su familia.» Ustrjaloff, *Kurbsky*, pág. 166.

Ivan se dirigió también contra los tártaros pasando revista á sus tropas en Serpujoff (junio de 1556); mas habiendo desaparecido el peligro que por este lado amenazaba, volvió á Moscou despues de dejar allí un cuerpo de observacion. Los asuntos de Livonia le llamaban mucho la atención, y con ellos se relacionaron la caída de Silvestre y de Adascheff y el cambio completo en el sistema de gobierno de Ivan. Para comprender tan importante cuestion hemos de seguir el orden cronológico de los acontecimientos. En 31 de mayo de 1557 Anastasia dió á luz un tercer hijo, Feodor, que despues fué el czar Feodor Ivanowitz. Parece que entonces el influjo de los sajaryines se iba aumentando cada día y que Silvestre para combatirlos dedicó toda la fuerza de su voluntad á atraer

de nuevo bajo su poder al czar, aun cuando para ello hubiera de saltar por encima de las cabezas de sus contrarios. Parece también que Silvestre logró temporalmente lo que se proponía: desgraciadamente nos vemos en este punto reducidos á las solas manifestaciones accidentalmente hechas por Ivan, que en su conjunto no resultan muy inteligibles.

Sobre este asunto escribe el czar á Kurbsky: «Apenas comenzada la guerra contra Livonia, Silvestre y sus consejeros se encolerizaron violentamente contra nosotros y cada vez que yo ó la zarina ó mis hijos caíamos enfermos, andaban constantemente diciendo que aquellos eran castigos de Dios por mi desobediencia. ¡Cuánto me acuerdo del penoso viaje de regreso de Moschaisk á Moscou que hube de hacer con

Von dem land Europa das zu vnsernzeiten  
die Christenheit begreiff vnder etwas von  
der Turkey.



Idea que en el siglo décimosexto se tenía de la configuración de Europa y de la situación de Rusia.  
Facsimile de la *Cosmografía* de Sebastian Munster (1550).

la zarina Anastasia enferma! Por una pequeña palabra resultó el viaje supérfluo. Intencionadamente y gracias á un plan astuto vímonos privados de la oracion de la peregrinacion y de cumplir los votos en los lugares sagrados, cosas todas muy á propósito para salvar el cuerpo y el alma, y no hablemos de los remedios humanos ni de los auxilios médicos. En tan crítico y amargo trance, cuando no podía ya sobrellevar la carga que sobre mí pesaba y que era superior á las fuerzas humanas, conocí la traicion del perro Adascheff y de todos sus consejeros y les castigué benignamente desterrándoles á distintos lugares en vez de mandar darles muerte. Al ver el papa Silvestre en el destierro á todos sus camaradas, escapóse voluntariamente y le dejamos ir no porque nos avergonzáramos delante de él, sino porque no queríamos juzgarle aquí: entre él y nosotros se dictará el fallo en aquel mundo, delante del Cordero de Dios.» En otro párrafo se lamenta Ivan de que Silvestre y Adascheff hubiesen odiado á la zarina y comparádola con la impía Eudoxia, la perseguidora de San Juan Crisóstomo, y en su segunda carta á Kurbsky contesta finalmente á la censura que se le hizo por haber perdido su pureza moral, diciendo: «Pero ¿por qué me habeis separado de mi mujer? Si no me hubieseis robado á mi cierva, no hubiera hecho yo ninguna víctima; si no os hubierais levantado con el papa Silvestre contra mí, nada

habría pasado: vuestra obstinacion tiene la culpa de todo.»

El regreso de Ivan desde Moschaisk á Moscou se verificó en diciembre de 1559: poco despues estalló otro incendio violento en esta última ciudad y en 7 de agosto de 1560 falleció, tras una corta enfermedad, la emperatriz Anastasia. En la primavera del propio año fué honrosamente alejado de la corte Adascheff enviándole á ponerse al frente del ejército como general; y en cuanto á Silvestre, que se retiró al convento de San Cirilo, no se sabe á punto fijo si se retiró de la corte antes ó despues de la muerte de Anastasia.

De todo esto se desprende con seguridad que la causa de la caída de los favoritos fué el antagonismo en que se pusieron respecto de la zarina. Segun parece, antes de su ruina habian logrado separar temporalmente á Ivan de su esposa, suceso que debió de acaecer entre diciembre de 1559 y la primavera de 1560, fecha del alejamiento de Adascheff. Cuando Ivan se inclinó nuevamente á la zarina, la desgracia de aquellos favoritos estaba decididamente acordada, y con la muerte de Anastasia el antagonismo no tuvo remedio. Silvestre fué desterrado sin ser oido al convento de Solowetzki, que se alzaba en una isla del mar Blanco, y Adascheff fué encarcelado en Dorpat, donde falleció al poco tiempo.

Si apoyándonos en los materiales que las fuentes á que acudimos nos proporcionan y que en parte son deficientes y

en parte pecan de parcialidad, queremos, en cuanto nos sea posible, formular un juicio acerca de Silvestre y de Adascheff, habremos ante todo de hacer constar que durante los trece años de su influencia el gobierno de Rusia fué mejor que ningun otro de los que le precedieron y sucedieron. Las brillantes victorias conseguidas en el exterior y la tranquilidad y el comienco de una reforma cuyos fundamentos habia estatuido la ley en el interior, demuestran la inteligencia con que supieron empuñar las riendas del Estado. La tentativa por ellos hecha para dar al pueblo una participacion, aunque limitada, en el gobierno, pudo haber sido prematura, pero no por eso dejaba de ser laudable la intencion que les movió á hacerla. Lo que en ambos favoritos puede criticarse es haber cometido una falta de cálculo psicológica respecto de la manera de tratar á Ivan: la influencia moral que sobre éste ejercian, no producía ya efecto alguno. Altamente indignado desde la escena que habia ocurrido junto á su lecho durante su enfermedad, no pudo, sin embargo, en los seis años siguientes romper las cadenas de su influjo, y estos seis años fueron indudablemente una fortuna para Rusia. Por eso fué tanto mas funesta la reaccion cuando Ivan, despues de la muerte de su esposa, á quien amaba todo lo que su naturaleza le permitia amar, y despues de deshacerse de los pesados censores cuya sola presencia era para él una reconvenccion, dió rienda suelta á los impulsos de su perverso carácter. No hubo vicio ni infamia á que el czar no rindiera culto en lo sucesivo.

Réstanos hacer mencion de dos acontecimientos ocurridos en el período en que la influencia de Silvestre y de Adascheff llegó á su mayor grado: primero la tentativa hecha por mediacion de Juan Slitte para ponerse en relaciones con la educacion industrial y científica de Occidente, y segundo el descubrimiento de la vía marítima hasta Rusia por el mar Blanco, llevado á cabo por los ingleses.

No se sabe cómo llegó á Moscou Juan Slitte, alemán oriundo de Goslar; pero es lo cierto que allá por el año de 1547 habia ya llamado tanto la atención del joven czar, que le encargó la mision de llevar á Rusia médicos, boticarios, impresores, industriales, artistas y sabios procedentes de Alemania y Slitte volvió á su país con este objeto, despues de haber recibido del soberano cuantiosas sumas y amplios poderes. Aunque de los documentos del Vaticano parece desprenderse que Slitte tuvo el carácter de embajador del czar, tal afirmacion es inverosímil y constituye probablemente una parte del tejido de mentiras á que apeló aquel hombre poco fidedigno para atribuirse una falsa importancia. A fines de 1547 ó á principios de 1548 le encontramos en la dieta de Augsburgo, donde expuso al emperador Carlos V el objeto de su viaje y supo darse cierto aire de importancia política hablando de la especial aficion de Ivan á la Iglesia católica. Despues de haber recibido un salvo-conduto del emperador y de haber reunido 123 hombres aptos para lo que el czar deseaba, marchó á Lubek para desde allí dirigirse por mar á Rusia; pero en aquella ciudad fué encarcelado á instancias de los livonios, recelosos de aquella mision que, de tener feliz éxito, significaba un robustecimiento del poderío de Ivan. Al cabo de año y medio logró huir á Ratzeburgo, viéndose obligado á comenzar de nuevo su obra por haber desaparecido los alemanes que tenia contratados. En agosto de 1550 volvemos á encontrarle en plena actividad con la sola diferencia de que esta vez presentó en primer término el supuesto plan de Ivan de someterse á la Iglesia romana. Fundándose en los plenos poderes que á su entender habia recibido, tomó en calidad de canciller para el czar á un noble austriaco llamado Juan Steinberg, que se obligó á hacer el viaje á Roma y á ponerse de acuerdo con el Papa sobre la union de la Iglesia rusa con

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

la latina. La corte romana se dejó también engañar y acordó enviar al czar una embajada que para el caso de su conversion le ofreciera la corona real, quedando encargados de esta importante mision Juan Steinberg y el conde de Eberstein. Ya se comprenderá que este plan no solo no tuvo éxito, sino que causó en Polonia una gran agitacion, como veremos en otro capítulo.

Entretanto, Slitte trabajaba en vano en Alemania para reunir un segundo contingente: allí estaba todavía en 1555, época en que escribió al czar pidiéndole fondos. En 1557 vuelve á encontrarse en Moscou, de donde desaparece sin dejar rastro alguno. Este episodio es interesante únicamente por sus resultados negativos. El hecho de que los livonios tuvieran la culpa del fracaso de la mision de Slitte exacerbó la indignacion de Ivan contra la colonia alemana que le cerraba el camino hácia el mar; y la resistencia que la embajada de Steinberg habia encontrado en Polonia, aumentó la desconfianza que sentía hácia Segismundo Augusto. En concepto del czar, ellos y no los tártaros eran los enemigos contra quienes estaba resuelto á dirigir sus primeros ataques.

El descubrimiento de la vía marítima septentrional á Rusia débese á una feliz casualidad. El rey Eduardo VI de Inglaterra habia enviado en 1553 una escuadra compuesta de tres buques con objeto de que descubrieran al través del mar Glacial el camino de China y de la India, esperando con ello hacer una competencia eficaz á los éxitos mercantiles de los españoles y de los portugueses. Mientras uno de los buques se veía obligado á regresar á Inglaterra sin haber podido llenar su cometido y la tripulacion de otro naufragaba en las costas de Laponia, el tercero, mandado por el capitán Ricardo Chancelor, desembarcaba en la desembocadura del Dwina, en cuyo brazo occidental se levantaba un convento consagrado á San Nicolás. Chancelor, invitado por Ivan, se dirigió á Moscou, siendo objeto de una cordialísima acogida por parte del czar, y al año siguiente regresó á Inglaterra llevando una carta de éste para el monarca inglés, que en el entretanto habia fallecido. A consecuencia de las promesas hechas por Rusia á Chancelor constituyóse en Lóndres una sociedad mercantil septentrional, á cuyo frente se puso Sebastian Cabot. En 1555 se realizó la segunda expedicion inglesa á Rusia y habiendo sido igualmente muy bien acogida, hizo excelentes negocios y obtuvo del czar un privilegio mercantil altamente beneficioso. Establecióse entre ambos Estados relaciones regulares, tanto mas importantes para Rusia, cuanto que al poco tiempo ocurrió el rompimiento con Livonia, pudiendo Ivan por medio de ellas tener expeditas aun durante la guerra sus comunicaciones con el Occidente. Pero Inglaterra durante la gran lucha por el mar Báltico representó el mismo papel que desde entonces ha venido desempeñando en todas las guerras europeas hasta la época actual, es decir, sacó de los disturbios del continente grandes ventajas mercantiles sin sacrificio alguno por su parte.

### CAPITULO III

#### POLONIA Y LA REFORMA

Cuando Ivan el Terrible, contra el parecer de Silvestre y de Adascheff, concibió el proyecto de abrirse con la conquista de Livonia un camino hácia el mar Báltico, vióse claramente no solo que tendria que luchar contra la confederacion livonia, cuyos cimientos, como el czar sabia muy bien, vacilaban, sino que con ello iba derecho á la solucion de una cuestion política que necesariamente habia de afectar á todos los Estados vecinos. Suecia y Dinamarca, el imperio alemán y Polonia se opondrían por fuerza á sus planes, pues si podían